

EL SUEÑO DEL PASTOR

El pueblecillo de Chandolin semeja, contemplado desde lejos, una bandada de palomas descansando en la cumbre de la colina de Savieze. Pasa cerca de él el pintoresco camino de Sanetsch, que avanza atrevido entre precipicios horribles, en cuyo fondo muge el río Morge, y bordeando los contrafuertes de la montaña, coronados a una altura inconmensurable por el ventisquero de Santa Margarita.

Llénase de espanto el corazón del viajero cuando, desde la plataforma donde se alza la ermita de Nuestra Señora de Corbelin, contempla las viñas y los huertos suspendidos sobre el abismo, o colgados como tapices de verdura sobre las rocas áridas, engalanando su desnudez y su aspereza.

¡Cuánto trabajo y cuánta perseverancia se necesitan para disputar a la roca, al torrente, al abismo, el palmo de tierra laborable donde colocar una cepa o enterrar un puñado de trigo! Y el viajero que contempla y medita estas cosas, siéntese impulsado a saludar con respeto al labrador que sube por la senda abrupta, llevando al hombro la pala y el azadón, armas gloriosas del trabajo y de la paz.

A veces aparece entre las rocas un rebaño de cabras o de carneros. El pastor, que es casi siempre un muchacho, sentado sobre una piedra, vigila las correrías de los inquietos animales, mientras arranca inspiradas melodías a su rústica flauta, o canta a voz en grito antiguos romances, cuyos ecos ruedan de peña en peña y de abismo en abismo hasta perderse a lo lejos. Otras veces, de bruces sobre la yerba, diviértese contemplando la carrera loca de un torrente que huye murmurando su eterna canción.

¡Oh, qué felices debieran ser los pastores! Es cierto que su trabajo es rudo y necesitan ser fuertes y vigorosos, pero su oficio es libre y pacífico. No tienen rivales

envidiosos que les disputen sus conquistas; no les estorban los vagos ni los importunos en sus meditaciones y ensueños. No temen al abismo que los separa del mundo, porque muchas veces han bajado hasta él, cuando alguna cabra indómita ha dejado los caminos y se ha despeñado al fondo.

Aquel que dijo: "¡Dichosos los que viven en el campo, si saben conocer su dicha!", podía haber aplicado esta frase a los pastores, porque entre ellos también se hallan muchos hombres, de esos que por todo gruñen y se quejan, encontrando las piedras muy duras y los tiempos siempre malos y desapacibles. ¡Piedras! ya lo creo que hay piedras en el Valais, y duras como ellas solas. Allí abundan el cuarzo, el granito y el sílex. No son tampoco muy suaves los temporales en aquellas regiones, pero los hombres de buena voluntad encuentran fácilmente, en aquel hermoso país, como en otra cualquier parte, los tres elementos de felicidad que decía el conde de Maistre: Dios, el sol y los amigos.

Pedro, el pastorcillo de cabras, protagonista de nuestra historia, gozaba de estos tres dones, y a pesar de todo no era feliz. Amaba a Dios con todo su corazón, los rayos del sol le envolvían durante todo el día, y contaba muchos y buenos amigos. Aquel muchachuelo de quince años, de color bronceado por el sol y el aire de la montaña, tenía en sus ojos castaños un encanto tan irresistible, que todo el pueblo le amaba. Todos conocían su acendrada piedad, la pureza de su alma y la ambición, el único deseo, el sueño irrealizable de su hermoso corazón. Deseo que todos, y él mismo, consideraban imposible satisfacer, y que le entristecía y atormentaba día y noche.

No era el carácter de Pedro de esos hurones y desconfiados que, encerrados siempre en sí mismos, jamás se atreven a manifestar el más inocente de sus pensamientos, temiendo comprometerse en todo; no. Era el muchacho de natural franco y expansivo, como lo son siempre las almas rectas a quienes no han herido aún

la traición o el desengaño. Huérfano desde sus primeros años, había vivido de la caridad de sus vecinos, y era considerado como de la familia en todas las casas del pueblo. Y cuando pasaba por las calles conduciendo el rebaño de cabras, y absorto en tristes meditaciones, suspiraban las comadres del lugar: "Nuestro pastorcillo va soñando con ser cura."

Sí; esa era la ambición, ese era el sueño dorado del pobre Pedro. Cuatro años hacía que llevaba en el alma aquel deseo, desde el día en asistió a la primera misa del párroco. Pedro era amigo del monaguillo y, gracias a eso, pudo estar en el presbiterio durante la ceremonia. Vio la emoción del nuevo sacerdote y sus lágrimas de gozo; oyó al predicador ensalzar en frases elocuentes la dicha y la alegría que inundaban todos los corazones, y cuando, terminada la misa, vio desfilar ante el párroco a los fieles que le daban la enhorabuena, rompió a llorar desconsolado, murmurando con frases entrecortadas: "Yo también quiero ser cura." Y la gente se había reído de él. ¿Cómo había de ser cura aquel pobre pastorcillo, que no tenía sobre qué caerse muerto, y que vivía a costa de los vecinos del pueblo, casi tan pobres como él? Para ser cura necesitaba poder pagar un colegio primeramente y después el Seminario...

El párroco conocía la piedad del muchacho y sabía apreciar el talento que Dios le había concedido, pero como también era pobre, no podía pagarle los estudios. Pedro, tenaz y aferrado a su idea, procuraba aprender el latín, sirviéndose para ello de una vieja gramática que le había dado el cura. Poco tiempo le dejaba libre su oficio de cabrero, pero aprovechábalo todo, y para ejercitarse aprendió de memoria las letanías de la Virgen y de todos los santos, los salmos de Vísperas y Completas y el ordinario de la misa que sabía "mejor que el cura," si hemos de creer a las buenas mujeres del pueblo.

A pesar de todo, teníanle en la aldea por algo simple, desde el día famoso en que se le ocurrió dar a co-

nocer sus deseos, pero como era buen muchacho, conservaba la confianza pública, tan necesaria a un cabrero como al presidente del consejo de ministros.

Una tarde de verano estaba el pastorcillo sentado cerca del camino, vigilando sus cabras, triste y meditabundo. Su corazón estaba poseído de amargos pensamientos. "¿Qué haré?"—se decía.—Al año que viene no tendré más remedio que buscar un oficio que me produzca más que éste... Si yo supiera que me admitiría como fámulo el rector del Seminario, mañana mismo iba a la ciudad... Pero ¿y si no me quiere? Acaso fuera mejor ponerme a servir en una casa particular. Dicen que se ganan buenos sueldos allá abajo... Pero no; mejor es que me quede en el pueblo, porque también he oído decir que allí son muy malos y no tienen religión. ¿Qué haré, Dios mío?... Los vecinos no me van a mantener para siempre; hartos han hecho; Dios se lo pague... Mejor sería renunciar a mi idea... pero ¡si no puedo! ¡Oh! ser cura, hacer bien a todos, abrir el cielo a los pecadores, consolar a los afligidos, estar siempre con Dios... ¡qué dicha!... Sí, sí, Dios me llama, porque cuando comulgo siento más deseos de ser sacerdote... ¡Ayudadme, Virgen Santísima!"

En el momento en que Pedro terminaba esta invocación, millares de veces repetida por él todos los días, apareció en un recodo del sendero de cabras que descendía al valle el señor Desmarquis, rico propietario de la cercana ciudad, dueño de una de las más importantes fábricas de toda la región. ¿Por qué se aventuraba en aquellos peligrosos parajes un hombre tan pacífico y tan timorato como aquél? Indudablemente por seguir la moda que exige a los que quieren pasar por personas elegantes e instruídas, un viajecito a Suiza. Pero ¿por qué precisamente al Valais? ¿Cómo se le había ocurrido la extraña idea de visitar el Valle del Morge en lugar de subir a Zermat con sus compañeros de viaje? Providencial coincidencia. Porque el señor Desmarquis no era un turista, en el sentido que gene-

ralmente se da a esta palabra, ni estaba poseído de la manía que tienen, por ejemplo, los ingleses, que no están satisfechos si no toman por asalto todas las montañas, sin descansar hasta que revientan a las tres cuartas partes de sus compañeros de expedición, hombres o animales. No, al contrario. Era un hombre pacífico, que hacía aquellas excursiones por complacer a su mujer, que las consideraba como indispensables, pero, el pobre tenía un miedo horrible a los ventisqueros, y lo único que le agradaba era dar un paseo por los valles floridos, contemplando desde lejos las rocas amenazantes y recogiendo de vez en cuando las flores que encontraba en el camino.

“¡Oh, qué hermoso paisaje!—exclamó de pronto el señor Desmarquis.—Ese rebaño de cabras en el borde del torrente y el pastor de pie sobre una roca... ¡Magnífico espectáculo! Voy a sacar una fotografía para mis chicos... Pero desde aquí no se enfoca bien. Tendré que bajar hasta aquella peña; desde allí saldrá precioso.” Y diciendo esto, el buen hombre se aventuró a dejar el camino y comenzó a descender por la vertiente que conducía al abismo. Los primeros pasos fueron seguros, pero luego la pendiente se hizo más rápida, rodaron al fondo algunas piedras y el pobre turista resbaló... Viéndose perdido, trató de asirse a un arbusto que encontró a mano, pero Dios, que preparaba las cosas en favor del pastorcillo, permitió que el arbusto se arrancara con el peso y el señor Desmarquis rodó al fondo del precipicio.

Cuando recobró el sentido, al cabo de unos momentos, no pudo moverse porque tenía todo el cuerpo magullado. Su situación era verdaderamente horrible. ¿Quién iría a sacarle de aquella sima donde nadie le había visto caer? Y él solo ¿cómo subiría por aquellas rocas cortadas a pico? ¿Y su mujer?... ¡pobrecilla!... ¡Y pobres hijos!...

Parecióle al infeliz que los espectros de tantos y tantos alpinistas muertos desastradamente, víctimas de

su temeridad, se reunían a su alrededor y comenzaban una ronda vertiginosa que le mareaba y le aturdí.

Entonces acudió a su mente el recuerdo de Dios. ¡Dios!... ¡Cuán pocas veces había pensado en EL! Pero, entonces, al hallarse en aquellas terribles circunstancias, comprendió que únicamente el Todopoderoso podía salvarle. Y brotó de sus labios esta súplica: “¡Virgen Santísima, rogad por mí! Si me salváis, os prometo ser buen cristiano.”

Pasó una hora larga y terrible para el desgraciado, que sin poderse mover sufría dolores espantosos. Ya casi desesperaba de que alguien acudiese en su auxilio, cuando oyó una voz que gritaba:

—¡Eh! Aquí estoy yo, señor.

Era Pedro, que al ver desde la vertiente opuesta la caída del excursionista, abandonando su rebaño al cuidado de la Providencia, acudió presuroso escalando rocas, saltando torrenteras, vadeando arroyos y llegaba rendido y sofocado.

—¿Qué, ¿no puede usted moverse?—preguntó el pastorcillo.

—No, hijo mío; me parece que tengo una pierna rota.

—Entonces iré al pueblo a pedir socorro, pero primero vamos a ver si le ayudo a ponerse mejor.

Y el muchacho llenó su calabaza de agua del torrente, lavó con ella el rostro ensangrentado del herido, le dio de beber, y luego, quitándose la chaqueta se la colocó a guisa de almohada.

—¿De dónde has venido?—preguntó el señor Desmarquis al caritativo cabrero.

—De allá arriba—respondió éste con naturalidad,—le vi a usted caer.

—Eres un valiente... Pero ¿cómo van a sacarme de aquí?

—Será difícil, pero tenga usted por seguro que esta noche dormirá usted en una buena cama. Voy a ir al pueblo y vendrán conmigo unos cuantos mozos...

Nosotros estamos acostumbrados a saltar por estos verricuetos como las cabras, señor.

—Pero... ¿Vendréis pronto? Tengo miedo aquí solo.

—¡Ya lo creo que vendremos, señor!... Para que vea usted que no miento, le dejo aquí lo que más amo en este mundo: mi libro y mi rosario. Todo el pueblo sabe que no los vendería aunque me diesen por ellos diez francos.

¡Diez francos! Aquella cantidad era para el pobre cabrero como un millón para Rothschild.

Y encaramándose nuevamente por la peñas, desapareció el pastorcillo. En cuanto se halló en la cumbre, trazó con la mano una cruz sobre el abismo mientras murmuraba fervorosamente: “¡Virgen Santa, guardadle!” Y luego añadió tristemente mientras emprendía el camino del pueblo: “Si yo fuera cura, hubiera podido confesarle...”

Algunas horas más tarde el señor Desmarquis reposaba en una casa caritativa del pueblo. Un cirujano, llegado a toda prisa de la ciudad, le había hecho la primera cura, advirtiéndole que no era cosa grave.

La convalecencia fue larga, y durante ella Pedro pasaba largos ratos al lado del paciente, distrayéndole con sus cuentos y cantares. El herido no podía vivir sin él; tal cariño le había cogido. En sus conversaciones, el pastorcillo descubrió en seguida las aspiraciones de su corazón, y un día que Pedro se encontraba fuera, el señor Desmarquis tuvo una larga conferencia con su mujer, que desde el primer día había acudido a su lado.

Cuando el cabrero regresó al pueblo por la noche, y fue, según costumbre, a ver al enfermo, éste le dijo conmovido:

—Hijo mío, me has salvado la vida: ¿qué quieres en recompensa?

—Señor—contestó Pedro, asombrado—no quiero nada; he cumplido mi deber.

Entonces la señora, tomándole cariñosamente la mano, dijo:

—Pedro: mi marido y yo conocemos tu deseo de ser sacerdote y hemos pensado ayudarte para que lo consigas. En octubre puedes empezar tus estudios, y cuando te veamos cantar misa, aún no consideraremos pagada nuestra deuda.

El muchacho no daba crédito a lo que oía. Permaneció unos instantes silencioso y al cabo cayó de rodillas dando gracias a Dios y sollozando. Luego, dirigiéndose a su bienhechores, exclamó:

—¡Gracias, gracias! ¡Que Dios se lo pague!...

Y no supo decir más.

Así se realizó el sueño imposible del pobre pastorcillo.

ATARDECER

(PAISAJE CAMPESINO)

I

Cae la tarde: mil rumores
brotan sin saber de dónde,
mientras el eco responde
a aquella cita de amor;
la luz acaricia el llano,
asciende luego hasta el monte,
y en el lejano horizonte
lanza un último fulgor.

En seguida, lentamente,
con mansa melancolía,
la postrera luz del día
dora el último arrebol;
en tanto que vacilante
—como una alma desolada—
tras de la sierra escarpada
se desploma inerte el sol.